

COMUNIDADES DE SENTIDO, INTERACCIONES Y MOVIMIENTOS SOCIALES

INTRODUCCIÓN

Si bien la dinámica y la vida cotidiana de los individuos poseen una dimensión individual que las constituye, éstas están inmersas, a su vez, en múltiples interacciones sociales a partir de las cuales, en ámbitos parciales y especializados, se articulan con otros sujetos, participan de lo que otros hacen, se integran y recrean vínculos, construyen significados intersubjetivos y realizan acciones conjuntas que expresan lo colectivo, no como totalidad, ni subordinación, sino como parcialidad y libertad integradora. La interacción social se orienta en torno a expectativas, necesidades e intereses, pero, también, bajo orientaciones valorativas referidas a concepciones de lo deseable en cuyo centro se ubica tanto lo individual como lo colectivo, construido interactivamente. En esta dirección se configuran las comunidades de sentido, en tanto nexos vinculantes construidos de forma autónoma, aglutinamiento en ámbitos parciales y especializados de la vida cotidiana y a partir de los cuales las personas construyen perspectivas de vida y de acción, un actuar reflexivo y coordinado con otros, conjunción de referencias individuales y colectivas.

Desde la década de los ochenta, diferentes estudios de la acción colectiva incluyen el concepto de red social. Sus planteamientos sostienen que detrás de los movimientos sociales se encuentra una red de grupos, de diversas formas de asociación, que expresan la existencia de contacto directo entre individuos, de interacciones en la vida cotidiana que constituyen un potencial movilizador que le da cuerpo a los movimientos sociales. Se asume que aunque los que deciden participar, o no hacerlo, son los

individuos, estos se activan debido a la existencia de los grupos articulados frecuentemente en redes que constituyen un entramado que subyace a la movilización. Aunque esta perspectiva no expresa un consenso en la comunidad académica y se plantea en términos categóricos, por algunos autores, y relativos, por otros, se reconoce la existencia de las redes y de los grupos que las constituyen.

Bajo la premisa de la existencia de las redes y de sus componentes, este capítulo aborda una perspectiva de análisis de estas formas de asociación a partir del concepto comunidad de sentido o de interés, el cual se analizó de forma amplia en el segundo capítulo.

Assumiendo su caracterización se discuten las motivaciones de la participación comunitaria distinguiendo entre los incentivos selectivos y los colectivos. Se retoman los planteamientos de Mancur Olson, en tanto estudio seminal, respecto de la crítica de los enfoques tradicionales sobre los grupos, la perspectiva del actor racional y las críticas a su planteamiento, para luego hacer una propuesta de lo comunitario que contiene en sus componentes las motivaciones, su estructuración y sus dinámicas.

A partir de las comunidades de sentido y de las redes sociales se asume un enfoque relacional de la movilización social. Su presencia no siempre conduce a la movilización, pero constituye un potencial para ésta. Se abordan algunas condiciones que pueden favorecerla y otras que la obstaculizan o que hacen más difícil que se presente. El capítulo consta de tres apartados. El primero de ellos retoma el concepto de comunidades de sentido, ahora en la perspectiva de las redes asociativas que se activan o que subyacen en las acciones colectivas. El segundo discute los conceptos de incentivos selectivos y colectivos, en relación a la constitución y su presencia en las comunidades. El tercero analiza a las comunidades en sus relaciones e interacciones que propician las acciones colectivas.

COMUNIDADES E INCENTIVOS.

MÁS QUE ACCIONES ORIENTADAS EN SENTIDO INSTRUMENTAL

Incentivos selectivos y colectivos

En las comunidades de sentido ¿qué factores inciden en la participación de los individuos en ellas?, ¿qué le da sentido al actuar común? Estas preguntas apuntan a esclarecer por qué existen comunidades en sociedades en las cuales el individualismo y la fragmentación social son ampliamente prevalentes. Las respuestas enfatizan el papel de los incentivos (selectivos y colectivos) en la conformación de comunidades en la modernidad.

Las explicaciones respecto al porqué los individuos se agrupan e interactúan con otros individuos tienen diversas tradiciones teóricas. En la década del sesenta, la obra de Mancur Olson constituye una perspectiva

fundacional del análisis de la participación en el interior de los grupos que rompe con las anteriores explicaciones e inaugura una tradición de gran influencia en las décadas siguientes (Olson, 1965).

Como lo ha señalado Gianfranco Pasquino (1988), la obra de Olson se puede asumir a partir de tres dimensiones que constituyen su aporte al análisis de la participación política, dentro de ésta, la referida a las acciones colectivas: I) las motivaciones de los individuos para participar, II) la naturaleza e importancia de los beneficios y los incentivos individuales y colectivos, y III) las relaciones entre la acción individual y la acción colectiva.

Olson establece como punto de partida de su propuesta la crítica a quienes plantean que la acción colectiva se deriva de los intereses comunes que comparten varios individuos. En esta dirección, se opone a la que denomina teoría tradicional de los grupos, tanto en su variante informal que sostiene la existencia de una propensión natural, de un instinto especial en los seres humanos que los lleva a asociarse, como en su variante formal, que plantea la existencia de grupos, de asociaciones como producto de la evolución social, que se va desarrollando desde formas primarias de organización a otras más complejas, como la sociedad moderna. A partir de esta crítica propone una interpretación nueva de la acción colectiva.

Respecto de las motivaciones de los individuos, Olson parte de la crítica a la teoría tradicional y de la existencia del actor racional.

A menudo se da por sentado, al menos cuando de objetivos económicos se trata, que los grupos de personas con intereses comunes tratan normalmente de favorecer esos intereses. Se espera que estos grupos actúen a favor de sus intereses así como se espera que los individuos actúen en nombre de sus intereses individuales (Olson, 1988:11).

En esta dirección, bajo la premisa del egoísmo, se considera lógico que si los miembros de un grupo tienen un interés común, actuarán con el fin de alcanzar el objetivo. Olson no comparte esta perspectiva de análisis, por lo menos en los grupos grandes, en los cuales las personas racionales y egoístas no actuarán voluntariamente para alcanzar los intereses comunes o de grupo, al menos que exista coacción o incentivos. Considera que aunque exista el interés común, no todas las personas tienen el deseo, ni están dispuestas a correr con los costos que implica obtenerlo “cada uno preferirá que los demás paguen todo el costo y recibirán beneficios, hayan o no pagado una parte de los costos”. Esto por cuanto las acciones se orientan a producir bienes públicos mediante los cuales todos se benefician, dado su carácter de indivisibles; quienes no compran o pagan por ellos no son excluidos ni dejan de beneficiarse, aunque no corran con los costos. Así, no existen motivaciones voluntarias, sólo incentivos o coacción, sino los

individuos no hacen parte de las acciones colectivas. El ser humano actúa como un maximizador que sobrepesa costos y beneficios y elige la opción que implica menos costos y mayores beneficios, sólo cuando los primeros son menores que los segundos participa, de lo contrario, se abstiene.

En cuanto a la naturaleza y la importancia de los beneficios y los incentivos, si bien el argumento se orienta a plantear que las acciones de las personas tienen un carácter estratégico, los incentivos económicos no son los únicos. Las personas pueden estar motivadas en ocasiones por el deseo de lograr prestigio, respeto, amistad y otros objetivos sociales y psicológicos, pero éstos tienen el carácter de bienes individuales. No obstante, éstos son propios de los grupos pequeños en los cuales sus integrantes pueden tener contacto cara a cara. Como lo plantea el mismo Olson: “Los grupos pequeños pueden ser clasificados como privilegiados que gozan de una doble ventaja: no sólo tienen incentivos económicos, sino, tal vez, también incentivos sociales que inducen a sus integrantes a trabajar por la obtención de los bienes colectivos” (1988: 11). Esta distinción entre los grupos grandes y pequeños es importante dado el tercer factor de producción de la participación (la voluntad, además de la coacción y los incentivos) pero la voluntad es leída también en clave racional: en los grupos pequeños, cada uno de los integrantes, o por lo menos uno de ellos, encontrará que su beneficio personal, al tener el bien colectivo, excederá al costo total de proporcionar alguna cantidad de ese bien. Para algunos integrantes, si se proporciona el bien colectivo, estarán en mejor situación, aunque tuvieran que pagar todo el costo, de como estarían si no se proporciona. Este hecho es el que hace que algunos integrantes grandes asuman los costos principales dándose una tendencia sorprendente de explotación de los grandes por los pequeños.

En cuanto a la relación entre la acción individual y la de grupos, sólo existe acción colectiva a partir de la coacción y/o de los incentivos. El individuo es racional y, en tanto pueda serlo, es un “gorrón” (*Free Rider*). Si bien existe un interés común, se trata en lo posible de no correr con los costos de la acción.

Olson trae a la discusión un enfoque novedoso en su momento, que intenta explica el porqué de las acciones asociativas. Aunque elabora un modelo explicativo y ayuda a comprender la lógica que puede subyacer en las acciones de los individuos para incorporarse o no a acciones conjuntas, se le han planteado diversas críticas.

Alberto Melucci hace dos planteamientos al respecto. Por una parte, señala cómo el enfoque de elección racional tiende a reducir la acción colectiva a sus rasgos más evidentes y a las dimensiones que son mensurables y hacen a un lado las dimensiones específicamente culturales de la acción, que están arraigadas en la experiencia cotidiana de las personas

y que son muy importantes en los movimientos sociales. Por otra parte, considera que la motivación para la participación no puede considerarse sólo como variante individual, pues ésta se construye en la interacción de tal forma que:

la acción colectiva nunca se basa exclusivamente en el cálculo de costos y beneficios y una identidad colectiva nunca es enteramente negociable. Algunos elementos de la participación en acción colectiva están dotados de significado, pero no pueden ser reducidos a la racionalidad instrumental (ni son irracionales ni están basados en una lógica del cálculo)” (Melucci, 1999).

Sumándose a las críticas, Gianfranco Pasquino plantea dos consideraciones. Para él no es correcto afirmar que quienes han participado, pagando con sus recursos y energías, su tesón y su tiempo por las ventajas distribuidas colectivamente, se encuentren en peores condiciones que los que disfrutaban de esas ventajas sin haber asumido costos. Los participantes pueden haber obtenido satisfacciones en la participación en su aspecto expresivo, es decir, pueden haber crecido psicológicamente y en términos de relaciones sociales y con ello no quejarse de los costos de la participación, y los no participantes, los *Free-Riders*, pueden ser conscientes o inconscientes. Sólo los conscientes pueden felicitarse de los resultados sin haber asumido costos y aun así, antes o después, se darán cuenta de que, como se trata de conseguir bienes indivisibles, con su no participación puede hacerse imposible la consecución del bien colectivo.

Tanto en Melucci como en Pasquino surge la distinción entre tipos de incentivos, aquellos que se refieren a lo selectivo, pero también la existencia de otro tipo no referido a la instrumentalidad y el cálculo racional, si no a lo colectivo. En esta misma dirección, Fireman y Ganson (1979) centran la crítica a Olson en dos consideraciones que permiten esclarecer más el camino a la distinción entre incentivos: a) con actores egoístas y racionales los intereses comunes son innecesarios para la acción colectiva e insuficientes a la vez (por lo tanto, irrelevantes) y con ello los incentivos selectivos, son suficientes, por ello la acción de los líderes se debería dirigir a publicitar los incentivos selectivos y honestamente olvidar los intereses comunes, y b) si se acepta el ser egoísta y racional, los líderes no deberían preocuparse por las bases de apoyo, en cómo atraerlas para que apoyen la acción y con ello la consecución de los bienes colectivos, sino en cómo atraerlos a partir de los incentivos selectivos.

Respecto de a y b, se infiere que, de hecho, se daría una competencia entre organizaciones o movilizaciones para atraer masas de apoyo a partir de los incentivos, pero es difícil asumir de manera creíble que los actores colectivos realice su movilización en un mercado de incentivos selectivos,

también es difícil creer que los intereses de un actor respecto a intereses o bienes colectivos sean irrelevantes en su propensión a unirse a la acción colectiva. Se debe entonces cuestionar la conclusión de Olson respecto a que los incentivos selectivos son necesarios para la acción colectiva, con ello se cuestiona el eje central de su perspectiva teórica. Además, consideran que en la propuesta no se puede explicar por qué hay actores (racionales y egoístas, supuestamente) que participan si los costos de hacerlo son superiores a los beneficios y, por otra parte, en la movilización no se puede plantear que sean las personas que dependen de los incentivos selectivos las más propensas a hacerlo, sin tener en cuenta el cambio que puede lograrse con la movilización.

Proponen los autores desarrollar conceptos más relevantes que los incentivos selectivos. Le atribuyen un papel importante a la solidaridad, asumida como las relaciones que unen a unas personas con otras. Los individuos se vinculan de diversas formas a partir de las cuales generan un sentido de identidad común, de un destino compartido que, a su vez, comporta compromisos. Se construyen grupos solidarios (redes de actores vinculados por relaciones) en los cuales existen tanto intereses subjetivos (individuales) como intereses objetivos (promueven la riqueza y el poder a largo plazo del grupo). En tanto exista solidaridad, ésta se convierte en una base importante para la movilización. Respecto del interés personal en los bienes colectivos, éstos pueden ser valorados de manera egoísta o altruista. En algunos casos se asumen a partir de principios de equidad, justicia o de derechos, los cuales operan como *palancas movilizadoras*.

Por su parte Myra Ferree retoma varias de las críticas señaladas a Olson y enfatiza en los problemas de contrastabilidad de la teoría racional. Inicialmente señala que el concepto de racionalidad, planteado como postulado de que los individuos tienden siempre a maximizar sus beneficios personales y reducir los costos de la acción, no es testable, dado que cae en una tautología: las personas eligen porque prefieren una alternativa a otra, lo cual en sí mismo no dice nada. La crítica más fuerte va orientada a señalar que, en esta perspectiva, desaparecen los valores de la conducta humana, lo desinteresado, la influencia recíproca entre las personas; se olvida que no todas las conductas son instrumentales. Esta visión unilateral instrumental introduce tres distorsiones:

- i) La solidaridad se convierte en un producto de la coerción y del control social, lo cual desconoce la vida interior de los sujetos y asume sólo lo observable, ignorando los sentidos colectivos producto de las interacciones humanas.
- ii) Reduce todas las motivaciones a incentivos o recompensas y, cuando los valores entran en juego, los asumen como no naturales.

iii) Se desconoce el papel que la interacción juega en la activación de los cambios; se asumen las actitudes o preferencias como preexistentes, previas a la conducta, fijas y jerarquizables estáticamente. El individuo termina siendo asocial e implica una concepción excesivamente individualista e irreal. Plantea la existencia de un pseudo-hombre universal racional, sin historia personal, posición de clase o raza (Ferre, 1992).

Otra de las críticas a Olson parte del concepto de identidad. En Olson se encuentra el supuesto de que los individuos poseen una identidad definida y, por consiguiente, una jerarquía de preferencias claras, a partir de la cual tratan de maximizar su satisfacción. Para Ludolfo Paramio (2000), esto no es tan claro en tanto que

en muchos casos la acción colectiva se produce porque los individuos que participan en ella no poseen de antemano una identidad clara, ni por tanto, una escala de preferencias a partir de la cual calcular su utilidad, sino que lo que buscan en la acción colectiva es una definición de su propia identidad.

Así, además de las motivaciones estratégicas se tiene otro tipo de motivaciones en la acción colectiva, la gente puede movilizarse para alcanzar unos fines que tienen claros (el dinero, la fama, la justicia, etc.) o puede movilizarse precisamente porque no tiene nada claro cuáles son sus fines. Aquí Paramio retoma la crítica planteada por Alessandro Pizzorno, quien ha subrayado que las preferencias y la búsqueda de utilidad dependen de la identidad de los individuos, lo cual constituye el principal límite de la teoría de la elección racional (Pizzorno, 1986).

Paramio plantea el concepto de *adolescencia social* para explicar los procesos de identidad:

la mayor parte de las personas pasan una considerable fase de su vida durante la cual no tienen una identidad definida, una adolescencia social bastante más prolongada que la adolescencia biológica, sobre todo en estos momentos, si se considera que la identidad se acaba de construir cuando se tiene una posición laboral y familiar relativamente estable. Además, en situaciones en que el entorno se modifica rápida y profundamente (crisis económicas duraderas, momentos de descomposición política o de enfrentamiento civil), las personas pueden atravesar graves crisis de identidad, problemas serios para adoptar una nueva identidad, o reformular la anterior. La cuestión es saber si no puede ser más importante para la persona en estos casos construir una identidad que maximizar cualquier preferencia previa, pues las preferencias en sí no son estables en la medida en que el entorno cambia. Dicho de otra forma, un individuo que tenga una identidad

mal definida o no definida, no tratará de maximizar sus preferencias sino de definir las (Paramio, 2000:76).

La incertidumbre puede conducir a comportamientos colectivos destinados a formar o reforzar identidades colectivas. La hipótesis de Pizzorno es que, ante la incertidumbre, la respuesta racional no es mejorar las propias estrategias de juego, al menos si crece en el jugador la sospecha de que ningún esfuerzo por mejorar su información puede llevarle a obtener resultados satisfactorios. Puede suceder que su primera meta sea construirse un círculo de reconocimiento ante el cual puede evaluarse en forma predecible. Es decir, que para una persona en estas circunstancias puede ser prioritaria la adscripción a una identidad colectiva que defina sus preferencias, y sólo en un segundo momento buscará maximizar la utilidad en términos de esas preferencias compartidas. Para competir necesita primero cooperar en la construcción de una identidad colectiva, que se definirá en competencia con otras identidades colectivas, preexistentes o recreadas, reales o imaginarias (Paramio, 2000:79).

Las diversas críticas a Olson y a la unilateralidad de los incentivos selectivos (y la coacción como alternativa) conducen, desde otras perspectivas teóricas, al reconocimiento de incentivos selectivos, pero también a otros, de tipo colectivo, emergentes de manera interactiva, de la interacción social que los genera, recrea, mantiene y fortalece. Los incentivos selectivos se distribuyen a los participantes de manera desigual, ya sean de índole material o representados en prestigio social, en estatus, en compensaciones. Los colectivos se distribuyen a todos y están contenidos en la identidad (se participa porque existe una identificación con la organización y el grupo), la solidaridad (se participa por razones de solidaridad con los demás participantes), la ideología (se participa porque existe una identificación con la causa de la organización), la amistad, implica acciones de índole más voluntaria, de participación no obligada ni instrumentalmente orientada. Esto implica superar la unilateralidad de la instrumentalidad, en palabras de Habermas, que “no es realista la suposición de que todo comportamiento social puede concebirse como acción estratégica y, por tanto, explicarse como si fuera resultado de cálculos egocéntricos de utilidad” (Habermas, 1987). Sólo en ocasiones especiales los incentivos selectivos adquieren importancia, primando la existencia de grupos solidarios, en combinación con la acción del liderazgo, y los intereses individuales y colectivos.

En suma: con base en estos planteamientos, la identificación de la presencia de incentivos de índole diversa (selectivos y colectivos) en las interacciones humanas, permite responder a las dos preguntas iniciales: la presencia de incentivos movilizados selectivos y colectivos inciden en la

participación de las personas en las acciones que originan las comunidades de sentido. Los horizontes colectivos que permiten también la realización individual, “ingresos” materiales, pero también posmateriales, expresivos y espirituales, le dan sentido al actuar en comunidad.

Como se mencionó en el segundo capítulo, el trabajo comunitario contiene acciones como el manejo de la tensión entre lo individual y lo colectivo, la estructuración de proyectos comunitarios, la organización de las comunidades, así como procesos de educación. En todas estas acciones el manejo de los incentivos constituye un factor clave del trabajo comunitario. Cuando predominan prácticas asistenciales centradas en incentivos selectivos para la acción conjunta y la movilización, se van generando lógicas de intercambio. Las personas sólo se movilizan cuando reciben algo material a cambio. Aunque en muchos casos la asistencia y el apoyo material son fundamentales, las acciones que los canalizan pueden, a su vez, generar dinámicas de solidaridad, de reconocimiento, de trabajo colectivo, que permitan el actuar conjunto, la reciprocidad y valoración de las expectativas, necesidades y formas de pensar y actuar de los demás. Aun en prácticas de asistencia se pueden generar valores y valoraciones de otro tipo de incentivos, como lo colectivo, la solidaridad, el bienestar propio y el de los demás.

Programas y proyectos comunitarios que trasciendan el manejo exclusivo de incentivos selectivos y permiten crear vínculos sociales y relaciones de cooperación y solidaridad, se visualizan como un horizonte del trabajo social comunitario. En ello subyace la idea de construcción de comunidades de sentido, de intereses. Como se verá a continuación, la cooperación y los liderazgos son elementos centrales de esta construcción.

Comunidades de sentido y liderazgos

En las comunidades de sentido la cooperación constituye una premisa del comportamiento de los sujetos que interactúan para el logro de objetivos comunes. La comunicación, la interacción y la integración, constituyen dispositivos tendientes a desarrollar relaciones de cooperación para las cuales el liderazgo adquiere una relevancia central. Aquí se pueden también plantear dos interrogantes que guían la argumentación. ¿Qué características adquiere la cooperación como aspecto central de la construcción de comunidades de sentido? ¿Qué tipos de liderazgos pueden coadyuvar a esta construcción?

La autonomía constituye la premisa, aspecto crucial de los actos solidarios y de cooperación. En lo comunitario existe una combinación de identidad y solidaridad, que confluye en la configuración de un sentido de pertenencia como elemento constituyente. Las comunidades de sentido aglutinan, lo cual no es agregación o sumatoria de individuos. Hay

un nuevo sentido, un sentido construido, un *sentido del nosotros*, que re-dimensiona el *sentido del yo*, y que puede ser elemento movilizador. La movilización depende, al menos, de dos dimensiones. Por una parte, las referencias colectivas constituidas respecto a la identidad, la solidaridad y la cooperación. Por otra parte, las acciones singulares, estas últimas pueden tener una dinámica convergente o divergente respecto al grupo: en el primer caso pueden estar presentes los incentivos selectivos y los colectivos e implica el paso de lo individual atomizado a lo comunitario compartido; en el segundo, se mantiene predominando lo individual fragmentado y, con ello, no existen interacciones comunitarias.

La identidad se construye a partir de la sedimentación en la vida cotidiana que permite el vínculo de los integrantes con el grupo, no como totalidad ni como “inmersión” absoluta de la persona, pero sí generando vínculos, nexos que comportan una dimensión simbólica “del hacer parte de”, que le confiere sentido al sujeto.

Un aspecto central de las comunidades de sentido que evita el sesgo de una mirada de armonía y convivencia sobre su dinámica interna, es la referida a los roles y al ejercicio de posiciones de poder dentro de éstas. La comunidad requiere de organización, de comunicaciones vinculantes, de la orientación de recursos, de la organización de las acciones, por ello son necesarios los líderes, éstos preceden, en muchos casos, a la instancia comunitaria (en ocasiones son los propulsores de su construcción) pero, en otros, emergen de la misma dinámica comunitaria por su prestigio, por sus capacidades mediadoras, de gestión y coordinación de la toma de decisiones. Se crean roles y también jerarquías en las decisiones, pero éstas adquieren mayor relevancia para el trabajo comunitario y la construcción colectiva si superan la rigidez y la verticalidad. Aunque el liderazgo puede adquirir dimensiones tendenciales de dominación, se pueden constituir dinámicas de autocontrol y liderazgos difusos de carácter voluntario, en tanto que implica con frecuencia asumir más responsabilidades y ser miembros más activos que los demás. No sólo existen liderazgos instrumentales y racionales¹.

¹ Desde la teoría de la elección racional se proyecta una imagen instrumental de los liderazgos y del mayor activismo en la participación. Para Olson, en los pequeños grupos, además de los incentivos selectivos y la coacción, existe la voluntad de algunas personas que asumen gran parte de los costos, ya sea por su búsqueda de ingresos sociales en términos de reconocimientos, o por el hecho de que, siendo de los integrantes más grandes del grupo, se benefician más que los demás de los bienes colectivos que se puedan obtener, por ello señala una tendencia sorprendente a la explotación de los grandes por los pequeños (Olson, 1965:43-46). También existe una imagen pesimista sobre éstos. Pamela Oliver plantea que los integrantes activos de asociaciones vecinales llegan a desempeñar un papel más importante en la aportación de los beneficios colectivos orientados por un marcado pesimismo respecto a las experiencias de colaboración de sus conciudadanos y una posición fre-

En la construcción colectiva son relevantes los liderazgos con capacidad operativa y orientados hacia la cohesión, la coordinación y la conducción de las acciones, lo cual no significa ausencia de conflictos. Pero éstos encuentran cauces de regulación y negociación, referidos a equilibrios de fuerzas, en sí mismas dinamizadoras de la interacción social.

Como ya se planteó, las comunidades de sentido constituyen pluralidades, no adquieren el significado de las comunidades naturales en las cuales se expresa una coincidencia de carácter vital, que abarca todas las actividades de los actores. Se configuran, más bien, como espacios parciales en los cuales los sujetos se incorporan a alguna o algunas dimensiones de su vida cotidiana; en este sentido pertenece o puede pertenecer a varias comunidades, espacios y grupos de referencia, componentes de su sociabilidad. En los casos de integración comunitaria, a partir de sus interacciones sociales pueden distinguirse componentes que fluyen, que se dinamizan en mayor o menor medida, interactúan con mayor o menor identidad. Además de los participantes, están los líderes que son los promotores internos, en otros son actores externos.

El liderazgo constituye una relación social. Se define como “el proceso de persuasión por el que un individuo induce a un grupo hacia la acción, en consonancia con los propósitos del líder o con los objetivos compartidos de todos” (Gardner, 1986). Sin considerar la posible separación de los fines individuales y colectivos, se define como “aquella experiencia que proporciona a una persona (el líder) la habilidad suficiente para la articulación de una visión y que atrae a un grupo significativo de seguidores con el objeto de alcanzar unos objetivos valiosos, tanto para el líder como para ellos” (Rejal y Phillips, 1997). Incluyendo los propósitos individuales y colectivos, y también la interacción competitiva, se asume al liderazgo como “el proceso por el cual determinadas personas con ciertos motivos y propósitos, en competición o conflicto con otras, movilizan recursos de todo tipo (institucionales, psicológicos, políticos) para estimular, inducir o satisfacer las motivaciones de los seguidores en la dirección deseada” (Burns, 1978).

En la medida en que se le asignan atributos al concepto se va dando una aproximación al liderazgo que lo asocia con ciertas cualidades del

cuenta que se plasma en la expresión “si no lo hago yo nadie lo hará”. Se asume que los individuos consideran la probabilidad de que los bienes colectivos sean aportados a través del esfuerzo de otros. Se expresa una paradoja en la comunidad: las personas con el sentido más desarrollado de identidad colectiva, y que tienen una imagen positiva de sus vecinos, pueden no absorber los costos del activismo comunitario en tanto que asumen que alguien más hará frente a los problemas, y las personas que desean absorber los costos de la acción colectiva son a menudo aquellas que tienen menos confianza en sus vecinos. Esto puede crear una tensión entre los activistas de la comunidad y los no activistas (Oliver, 1984: 601-610).

actor (líder), con la acción persuasiva, con la pretensión de lograr apoyo y movilización a su favor, con la presencia de motivaciones e intereses, con la interacción competitiva con otros que pretenden asumir la conducción política. Por esta vía, una tercera forma de aproximarse a su significado es la que plantea Petracca (1991) quien propone tener presente cuatro dimensiones que encarna el liderazgo: 1) se desempeña en un contexto determinado (el mismo líder puede contribuir a construir el contexto en el que se ubica, 2) manifiesta ciertas motivaciones del líder referidas a sus intereses y propósitos, 3) requiere ciertos atributos de personalidad y habilidad, y ciertos recursos en general, 4) está ligado a las expectativas de sus seguidores, con sus recursos, demandas y sus actitudes.

Esta ubicación temática permite asumir una posición analítica con base en la dicotomía de pares contrapuestos a partir de los cuales se define uno por contraposición al otro. Los criterios diferenciadores son cinco: 1) la construcción de las trayectorias respecto a una estructura organizativa, más o menos fluida, 2) el peso del líder en el funcionamiento de la organización o la comunidad (grado de influencia en las decisiones al interior de la organización política y del sistema político), 3) la discrecionalidad y autonomía en la toma de decisiones (mayor o menor), 4) el nivel de acatamiento de los miembros de las organizaciones en función de normas y regulaciones internas (mayor o menor), 5) la existencia de jerarquías sujeta a reglas (presencia/ausencia). Con base en estos criterios se distinguen dos tipos de liderazgo que se pueden ilustrar en el esquema 4.

La caracterización de los liderazgos permite visualizar cómo los liderazgos institucionalizados o colectivizados posibilitan y coadyuvan a la construcción de comunidades sentido.

Es importante reconocer que el liderazgo es el producto de dinámicas de interacción social, fundado en los méritos, en las habilidades, en la capacidad de persuasión y de gestión. En tanto alguien puede asumir roles de conducción, de orientación, de acompañamiento con base en la construcción de una red de apoyos, las propias comunidades cuentan con mejores condiciones de desarrollo. No se está sobredimensionando el liderazgo, sólo se le reconoce su importancia en la labor del trabajo social comunitario y su papel en la construcción de sentido de un colectivo. En ausencia de liderazgos las acciones colectivas son difíciles de concretar y, en muchas ocasiones, los proyectos no logran formularse ni ejecutarse.

Esquema 4
Contraste entre tipos de liderazgo



Un antídoto contra la personalización y el sobredimensionamiento del liderazgo lo constituye el establecimiento de reglas o normas, conocidas, aplicadas y acatadas por todos los integrantes. La conducción y el funcionamiento, aunque estén en cabeza de algunas personas, no necesariamente están personalizados. Si las acciones individuales y colectivas están reguladas por acuerdos no coactivos y estos se cumplen, las comunidades no dependen de la voluntad de una persona, sino de su funcionamiento acorde con reglas establecidas. El liderazgo también se ajusta a éstas y su función es, en lo fundamental, la de generar condiciones, jalonar procesos, motivar a los integrantes a la consecución de logros colectivos. Cuando los liderazgos se institucionalizan, el líder asume que los integrantes de las comunidades no son sus seguidores, sino copartícipes de las decisiones y de las acciones que deciden llevar a cabo.

Por oposición al liderazgo personalizado, las comunidades pueden prosperar mejor con liderazgos difusos y débiles. Esto es, que no se identifique a la comunidad con un fuerte liderazgo, o con un grupo o “camarilla” que domina y maneja las decisiones y usufructúa programas y proyectos. Deben existir alternativas de conducción frente a la probable ausencia de quien durante un tiempo lidera la comunidad. La organización comunitaria es más fuerte cuanto más trascienda a sus propios liderazgos. Los liderazgos fuertes y personalizados pueden generar una dependencia de los demás integrantes y de la organización, la cual puede desaparecer cuando ya no esté. Con cierta frecuencia esto ocurre cuando el liderazgo lo ejerce un actor que viene de afuera, ya sea un trabajador comunitario, o un pastor, un misionero, que después regresa a su propio mundo dejando en cierta orfandad a la comunidad.

EL NOSOTROS COLECTIVO Y LA MOVILIZACIÓN. COMUNIDADES Y ACCIÓN COLECTIVA

Las comunidades, conformadas y dinamizadas a partir de incentivos selectivos y/o colectivos, son susceptibles de movilizarse, de actuar conjuntamente con otras comunidades y hacer parte de movimientos sociales. Dos aspectos importantes surgen al respecto: ¿cómo se estructuran las comunidades en acciones colectivas? ¿Qué factores favorecen u obstaculizan esta movilización?

Primero, las comunidades se pueden constituir en un componente central de los movimientos sociales. Si bien su existencia en sí misma constituye un espacio creador de interacción y de intercambio de voces y acciones compartidas, también pueden constituirse en un elemento dinamizador de los movimientos, cuando éstos emergen como estrategia de acción y presión hacia las autoridades, las élites o los gobernantes, para satisfacer

demandas específicas. Estas se estructuran en acciones colectivas incorporándose a redes asociativas, subyacentes en los movimientos sociales.

La acción colectiva

es el resultado de intenciones, recursos y límites, con una orientación construida por medio de relaciones sociales dentro de un sistema de oportunidades y restricciones. Los individuos, actuando de forma conjunta, construyen su acción mediante inversiones organizadas, esto es, definen en términos cognoscitivos, afectivos y relacionales el campo de las posibilidades y límites mientras que, al mismo tiempo, activan sus relaciones para darle sentido al “estar juntos” y a los fines que persiguen (Melucci, 1996:43).

Como expresión de la acción colectiva, los movimientos sociales expresan una de sus formas, que incluyen al menos tres componentes: a) la solidaridad, en tanto capacidad de los actores de reconocerse y de ser reconocidos como integrantes del mismo sistema de relaciones sociales, b) el desarrollo de un conflicto, en tanto encuentro de dos adversarios en oposición sobre un objeto en común, y c) la ruptura de los límites del sistema, que sobrepasa el rango de variación que un sistema puede tolerar sin cambiar su estructura. A partir de esta concepción, los movimientos se configuran más como un resultado que como un punto de partida. Esto implica que, más que movimientos, lo que existen son redes de movimientos, que articulan diversas organizaciones, grupos y comunidades.

Esta concepción de la acción colectiva es muy importante para lo que se ha venido argumentando respecto a las comunidades de sentido, a su organización y sus posibilidades de movilización conjunta con otras comunidades y organizaciones sociales.

Dentro de la acción colectiva se puede establecer, como elemento subyacente, las redes. En realidad, los movimientos constituyen redes de asociaciones, redes en movimiento (Melucci, 1996:73). Esto implica que emerge una doble construcción asociativa. Por una parte, aquella que se estructura interactivamente a partir de las referencias colectivas vividas en las comunidades de sentido y las cuales logran cierta sedimentación que pervive, se alimenta y reedita en las acciones cotidianas compartidas. Por otra parte, la que es construida “en movimiento”, en interacciones con otras comunidades de sentido a través de la movilización. Respecto de estas últimas, Della Porta y Diani (1999) señalan algunos aspectos que interesan para dilucidar cómo pueden insertarse en la acción conjunta las comunidades.

En primer lugar, la acción colectiva no puede ocurrir en ausencia de un nosotros caracterizado por rasgos comunes y la solidaridad, de igual forma que la identificación del otro, en contra del cual la movilización se orienta, existiendo así una identificación positiva (de los participantes del grupo) y

una negativa (de los opositores). En segundo lugar, la producción de identidades corresponde a la emergencia de nuevas redes de relaciones, de actores en movimiento que operan dentro de complejos ambientes sociales. En tercer lugar, la identificación con un movimiento incluye sentimientos de solidaridad hacia la gente con la cual uno no está en contacto directo ni, en muchos casos, vinculado, pero con los cuales comparte aspiraciones y valores. Las identidades, dentro de las comunidades, y en torno a los movimientos, garantizan la pervivencia de unos y otros, aun, tienen una función vinculante en el tiempo.

En perspectiva de Melucci, se hace una distinción entre las redes sumergidas y las acciones visibles. Las primeras se refieren a una red de pequeños grupos que funcionan y están sumergidos en la vida cotidiana que exigen que cada integrante tenga un compromiso personal. Las redes irrumpen en casos en que afrontan algunos problemas particulares y aunque están integradas por pequeños grupos separados, constituyen un circuito de intercambio social. Las personas pertenecen a varios grupos a la vez, por ello las comunidades constituyen interacciones parciales y especializadas, sus acciones grupales sólo ocupan parte de su tiempo y de su vida y el compromiso personal implica la presencia de solidaridad afectiva, de contactos personales, de interacciones de reciprocidad. Las segundas se refieren a que los grupos pequeños emergen y lo hacen para enfrentarse a una autoridad política, a las élites, a los gobernantes, en demandas que generan conflicto dado que los actores divergen en objetivos y percepciones sobre el manejo de los recursos y la toma de decisiones. Estas dos dimensiones (de latencia y movilización) se retroalimentan y dinamizan mutuamente. Con esta dinámica

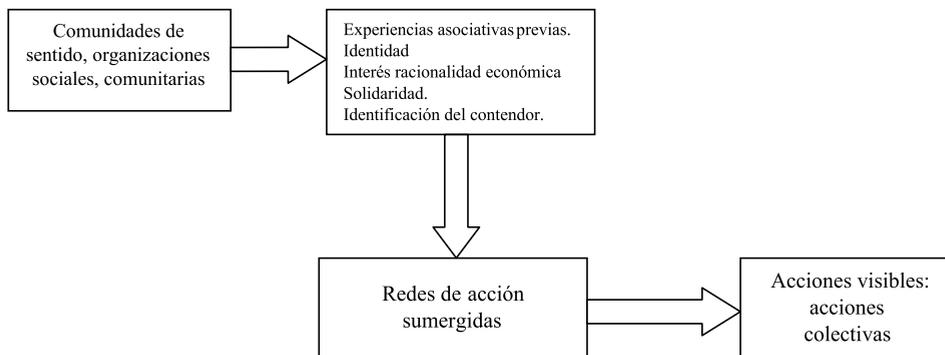
resulta difícil de entender las movilizaciones pacifistas antirracistas, anti políticas, por los derechos humanos si no se tiene en cuenta la vitalidad de las tramas subyacentes de las mujeres, los jóvenes, los ecologistas, las redes comunitarias y las culturas alternativas. Estas tramas posibilitan tales movilizaciones y las hacen puntualmente visibles, esto es, en el momento en que surge una confrontación o un conflicto con una autoridad pública (Melucci, 1996a:163).

Se parte de la premisa según la cual, quienes participan en los movimientos sociales no son los desarraigados, los marginados, los excluidos, sino los que han creado una identidad colectiva sobre la base de previas redes sociales de afiliación, antecedidas por la construcción de comunidades de sentido. De lo anterior se concluye lo siguiente, en respuesta a la cuestión de cómo se vinculan las comunidades en acciones colectivas:

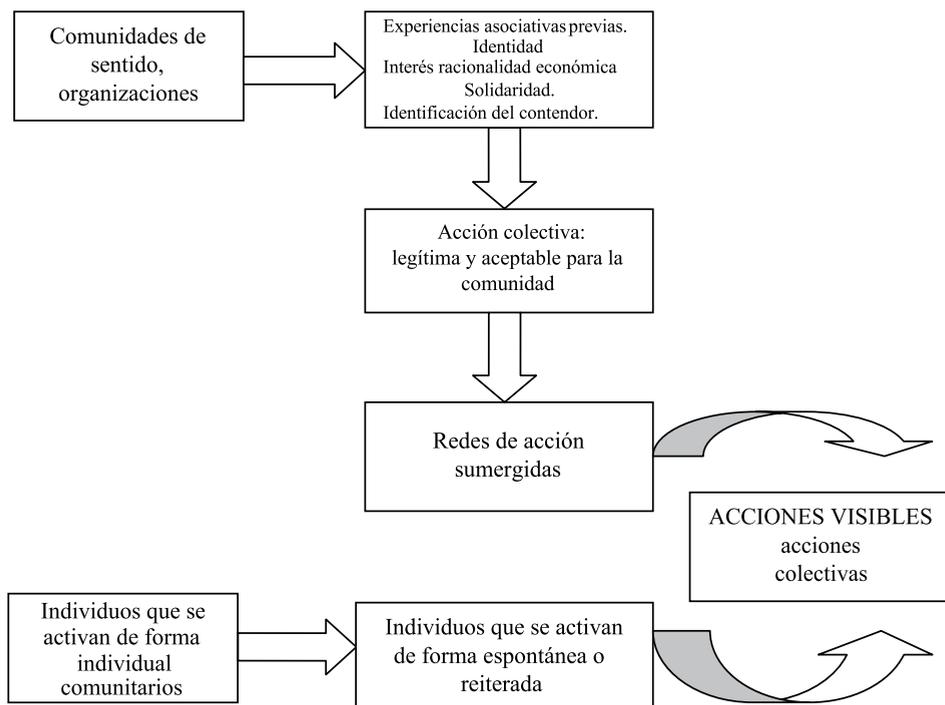
- i. Quienes participan en movimientos sociales están implicados en previas redes de afiliación, de tal forma que la participación no ocurre de parte de individuos aislados sino con personas con alguna previa experiencia de asociación, de incorporación en comunidades.
- ii. En las comunidades hacen presencia tanto la identidad como los cálculos de la acción; sin algún tipo de solidaridad, basada comunitariamente, no habría acción colectiva.
- iii. Si no se identifica claramente al adversario, por parte de las comunidades en interacción contras sus acciones, se vuelven marginales y espontáneas.
- iv. Cuando se concretan acciones colectivas, las previas identidades se combinan en el proceso de movilización y dan origen a nuevas identidades colectivas, los diversos fragmentos unidos constituyen un nuevo sistema de relaciones en los cuales los elementos originales pueden cambiar sus significados (Melucci, 1996b: 292).

Este bosquejo, que como toda pretensión de comprender la realidad, constituye un esbozo abstracto de lo que podría ser ésta, debe matizarse para no construir una imagen mecánica que exprese las relaciones comunidades-redes-acción colectiva. En esta dirección, Della Porta y Diani (1999) retoman una serie de planteamientos que permiten discutir y, con ello, relativizar el argumento de Melucci que aparece un tanto taxativo respecto a la relación entre integración, pertenencia a redes y la participación activa en los movimientos. Proponen una lógica de la acción colectiva en redes de forma menos categórica. Se preguntan: ¿cuál es la relación entre redes, comunidad y participación en los movimientos? Responden: la integración de los individuos en redes sociales dentro de asociaciones voluntarias o, más genéricamente, dentro de la comunidad. Pero esto no debe asumirse como un factor automático de la participación. Esta situación se presenta solamente si la cultura de la comunidad es conducida a la acción colectiva, si la perspectiva de un movimiento es considerada como legítima y aceptable en la comunidad, en tales casos opera la movilización. En otras situaciones, el reclutamiento puede tener lugar a través de canales no específicos típicos de la vida cotidiana tales como colegas, conocidos, compañeros de trabajo, en tal caso, muchas personas participan por acciones puramente individuales. A continuación se presentan las dos posiciones:

Esquema de relación entre organizaciones, redes y acción colectiva. Alberto Melucci (1996)



Esquema de relación entre organizaciones, redes y acción colectiva. Donatella Della Porta y Mario Diani (1999)



La importancia de la segunda posición es que rescata también las acciones individuales de quienes se movilizan, aun sin estar integrados a organizaciones, sin experiencias previas de pertenencia ni de movilización. La inclusión de las dimensiones de legitimidad y aceptación de la movilización interior de las comunidades presupone necesariamente la presencia de debates y acuerdos².

En suma, la forma como se estructuran las comunidades en acciones colectivas incorpora una dinámica de pre-existencia de la organización comunitaria y de otras agrupaciones sociales, que permite la constitución rápida y más o menos coordinada, según los casos, de un entramado asociativo que se moviliza, que se configura como una red en movimiento. Esto no significa desconocer las acciones individuales que de forma temporal se articulan a acciones colectivas, de personas que a través de redes más fluidas, e incluso, impersonales, se suman a acciones contendientes y de reivindicación.

Ahora, la segunda cuestión, los factores que favorecen u obstaculizan esta movilización. En la construcción de comunidades de sentido existen posibilidades de convergencia pero también de divergencia del individuo respecto a su incorporación a éstas, de igual manera se presenta esta misma relación de las comunidades respecto a la movilización y a la acción en redes. No siempre las comunidades interactúan con otras en la búsqueda de propósitos colectivos y pueden tendencialmente orientarse “hacia sí mismas”, convertirse en comunidades auto-referenciadas, ya sea que actúen estratégicamente, por autogestión o funcionalmente respecto a organizaciones, instancias de poder y de intermediación. También se pueden constituir en comunidades marcadamente separadas entre sí dado que existe una fuerte tendencia a centrarse en sí mismas. Así, en estos casos se da una serie de situaciones, que se presentan en seguida:

² Los autores retoman diversos trabajos que plantean críticas a la perspectiva que relaciona categóricamente las redes con la movilización y sintetizan las críticas: 1) las personas más propensas a la acción son de grupos de edades jóvenes, en muchos casos, desligados de compromisos familiares y laborales que están dispuestos a asumir los costos y riesgos de la acción, dándose, así, una situación de una relativa ausencia de nexos, 2) no necesariamente los mensajes y acciones de reclutamiento de los movimientos se dirigen hacia las personas que están vinculadas a redes sociales, ellos frecuentemente son emitidos a extraños o suelen ser exitosos, 3) el hecho de que las personas estén integradas en alguna forma de redes sociales vinculadas a su vida privada, o a sus actividades públicas, no es particularmente significativo dado que en realidad todas las personas están comprometidas con algún tipo de vínculo, siempre es posible identificar redes sociales capaces de proveer las oportunidades necesarias para convocar a los individuos a la protesta (Della Porta y Dani, 1999: 1145-115).

I. Que los propósitos más frecuentes de las comunidades sean de carácter micro espacial, parcial y particular, lo cual se puede alcanzar sólo a partir de la acción comunitaria, de la cooperación, solidaridad y organización y con los propios recursos. Por tanto, resultan procesos de autogestión y solución autónoma de los problemas, sin que se manifieste la necesidad de asociarse, ni una orientación de solidaridad hacia movimientos no tan cercanos ni vinculados directamente a los asuntos y problemas de la comunidad, lo que genera, entonces, formas de “auto-atención de las privaciones”. En este tipo de situaciones, la autogestión propicia una especie de “autarquía” comunitaria que aísla e impide la interacción y la acción colectiva cuando la comunidad es convocada. Como ya se dijo, la autogestión puede ser utilizada como estrategia desde las instancias de poder político, dado que las puede “liberar” de responsabilidades, presiones y demandas. La “autarquía”, gestora en las comunidades como estrategia recurrente y predominante, más que unir, separa, aísla. Si bien puede cohesionar y fortalecer los lazos de las comunidades en su interior, las fragmenta entre sí creando, además, la ilusión de una alta capacidad resolutoria de problemas, lo cual suele requerir sobre esfuerzos en la autogeneración de recursos, con precarios resultados. En últimas, no generan autosuficiencia, ni capacidad para movilizarse.

II. Que los propósitos más frecuentes de carácter micro-espacial, parcial y particular se alcancen a partir de la acción comunitaria articulados en torno a programas de acción privados de índole filantrópico, asistencial o de cooperación de agencias no gubernamentales, con carácter de control social que generan relaciones de subordinación, aunque también de utilización pragmática entre las partes. En estos casos, la movilización se previene desactivando sus posibles factores desencadenantes, se desestimula la acción colectiva con otras comunidades dada la relativa eficacia en el corto plazo de las instancias de cooperación externas. Las comunidades entran en juegos pragmáticos de interacción que conducen, o pueden conducir, a soluciones de coyuntura, de corto y mediano plazo. El resultado: la estrategia de desmovilización genera soluciones parciales y temporales, en muchos casos reiterativas, con un trasfondo de ausencia de soluciones estructurales. Se pierde, por otra parte, la perspectiva de satisfacción de necesidades universales de la población, lo macro-social, reivindicando lo propio, lo micro-social.

III. Que los propósitos comunitarios sean alcanzables a partir de la articulación en redes clientelares de intermediación con las cuales se canalizan y manejan recursos hacia las comunidades en intercambio por apoyo político, los recursos públicos se orientan de manera particular y no colectiva, aunque pueden tener cierto sentido redistributivo cuando se orientan

hacia los sectores excluidos³. Aquí se presenta manipulación y pérdida de autonomía. En estos casos, el clientelismo, más que una relación diádica y directa entre dos personas, es una relación entre patrón-comunidad (que actúa como cliente), ello presupone que los líderes en ocasiones asumen el papel de intermediarios, de *brokers*, de “enchufes” entre el patrón y las comunidades, aunque, en otros casos, esta acción de intermediación la asumen personas externas a la comunidad. Las lealtades subyacentes en estas interacciones se condicionan instrumentalmente por los bienes y servicios proporcionados por el patrón y emerge una combinación de identidad colectiva “hacia dentro” de la comunidad que los lleva a actuar de manera cohesionada, y de “lealtades hacia afuera”, no respecto a otras comunidades u organizaciones, sino hacia el patrón.

Mediante las redes clientelares se trae a la comunidad bienes y servicios a partir de la intermediación o del apoyo directo del patrón. Con ello, de igual forma que en las dos situaciones anteriores, la movilización se desactiva, se congela. Cuando el tercero que provee los recursos es el Estado, el clientelismo implica una domesticación de doble vía: del Estado como proveedor directo o indirecto de recursos, domesticado para extraer de él promesas, obras, bienes, de las comunidades; de las cuales se extrae apoyo político y/o electoral. El intermediario obtiene ganancias de ambas partes.

Este tipo de interacciones transaccionales involucra una función de control social. El papel del Estado y de las autoridades en la acción de proveer bienes colectivos es desplazado y reemplazado por instancias privadas de gestión (a menudo con recursos públicos) y ello es funcional a las autoridades en tanto que, en su peculiar forma, constituyen instancias de distribución y manipulación de la autonomía de las comunidades obstaculizando la movilización.

³ No es este el lugar para abordar el clientelismo en sus características, modalidades, dinámicas históricas. Para evitar ambigüedades sólo se expresa lo que se entiende por él. Como lo ha señalado Mario Caciagli, no obstante la existencia de algunos desacuerdos entre los estudiosos del clientelismo, hay una conceptualización madura acerca de sus elementos constitutivos. A partir del concepto se aborda el estudio de relaciones informales de poder, tendencialmente estables basadas en el intercambio de favores entre dos personas de posiciones desiguales, cada una de ellas interesadas en buscar un aliado más fuerte o más débil. Una persona de estatus más elevado, *el patrono*, utiliza su influencia y sus recursos para facilitar su protección y beneficios a una persona de estatus inferior, *el cliente*, que ofrece servicios y/o apoyo. Es una relación de poder personalizada, que implica un intercambio social recíproco y mutuamente beneficioso. De tal forma, la relación acarrea desigualdad, asimetría de poder y reciprocidad. Los recursos del patrón son económicos, personales (prestigio o competencia) o político-administrativos (control de cargos). Los del cliente pueden ser materiales (prestaciones de trabajo, servicios) o expresivos (lealtad, gratitud). Implica relaciones pre-contractuales y no ideologizadas. No se basan en solidaridades colectivas, sino en intereses particulares. Las relaciones más simples son entre dos personas, las más complejas son entre roles, por eso el mismo actor puede ser patrono de subalternos y cliente de los más poderosos. Un conjunto de roles forman una red clientelista, en cadenas piramidales (Caciagli, 1996: 18-19).

IV. En otros casos, los propósitos no pueden alcanzarse a partir de los componentes de las comunidades pero, aunque no tienen un sentido conflictual frente a las autoridades públicas, se pueden alcanzar funcionalmente, en tanto que la misma autoridad, por pretensiones de legitimidad o por lógicas transaccionales de influencias de intermediación, o por características inclusivas de la gestión de las necesidades colectivas, responde a veces “por anticipado” mediante planes de desarrollo y políticas públicas preventivas o focalizadas. En estos casos las acciones micro-espaciales pueden predominar sobre acciones orientadas hacia la movilización, incluso ser estimuladas a partir del rediseño de las estructuras estatales mediante la descentralización y la desconcentración de funciones en las que las autoridades locales y, en ocasiones, zonales, asumen la resolución de situaciones de demandas fragmentadas y sirven para evitar la movilización. Si bien existe solidaridad e identidad colectivas, organización y cohesión en las comunidades, la capacidad de movilización, aunque exista, se desarticula por las autoridades y no emerge el objeto del conflicto, o se desactiva. No todos los escenarios de interacción de las comunidades son de conflictos, algunos de ellos proveen posibilidades de acuerdos. La política, como consenso temporal, desactiva la movilización. Ello no necesariamente implica conformidad y ausencia de pensamiento crítico, como solía pensarse en décadas anteriores cuando la acción comunitaria era concebida en relación a un *telos* transformativo revolucionario. Cuando no ocurría así, era calificada como funcional, o trabajo social tradicional, como se planteó en el primer capítulo.

V. Que existan comunidades cuyos propósitos sólo pueden alcanzarse en acción frente a las autoridades públicas y trascienden los ámbitos micro-espaciales teniendo un carácter de bienes colectivos, pero no están articuladas en redes de organizaciones y su acción unitaria no alcanza a dimensionarse como factor de presión. Se pone en evidencia la ausencia de instancias de coordinación y vinculación entre diversas comunidades, aunque existe integración comunitaria, pero fragmentación y ausencia de redes aglutinantes. Pueden existir, también, identidades colectivas “hacia adentro” y “hacia afuera”, pero la ausencia de instancias conectoras entre las comunidades y organizaciones, con liderazgos que aglutinen y con dinámicas de cooperación, bloquean las posibilidades de la movilización.

VI. Que existan comunidades cuyos propósitos sólo pueden alcanzarse en acción frente a las autoridades públicas, pero cuya actividad de inserción en redes sea impedida por acciones del sistema político por su carácter restrictivo de los espacios para la participación, la asociación, la libertad de expresión y la movilización. Aquí juega un papel importante el grado de democratización de la sociedad que crea una estructura de oportunidades, la existencia de pluralismo, de libertades básicas y de espacios para la libre

expresión. Si el sistema político establece formas de control y acciones de coerción rígidas, se frena la movilización.

Ahora, si estos distintos escenarios dificultan la movilización de las comunidades ¿qué condiciones favorecen la movilización de éstas? En la misma perspectiva de Melucci, la eficacia y persistencia de su propuesta requiere de ciertas condiciones:

I. Un alto grado de diversidad en el entorno del movimiento, que impide a los grupos de estas redes encerrarse en sí mismos. El auto-referenciamiento se evita cuando las reivindicaciones son de diversos ámbitos e intereses, ámbitos transversales que “atravesan” diversas comunidades, la multiplicidad de grupos actúan a partir de escenarios en los cuales se ven incluidos y que trascienden sus logros micro-espaciales y específicos.

II. Una elevada elasticidad del sistema político para que éste no interfiera con las delicadas fases que atraviesan esos grupos al pasar de la latencia a la visibilidad pública. El respeto y las garantías de asociación, de expresión, de movilización en contexto desprovisto de obstáculos coercitivos, o de bloqueos mediante la cooptación de algunos de los componentes de la organización, de intentos de intermediación tendientes a dividir y/o a fragmentar la organización. Puede plantearse que sistemas políticos ampliamente democráticos, plurales, tolerantes y en los cuales existen contenciones legales para la acción de las autoridades respecto a sus actos sobre los ciudadanos y las organizaciones, propician mejores oportunidades para la movilización.

III. La existencia de instancias y organizaciones transitorias en cada red de movimiento, con capacidad para garantizar las comunicaciones internas, especialmente durante la fase de latencia, y externas, principalmente en la fase de movilización. La combinación de solidaridad *hacia adentro* y *hacia afuera* requiere de conectores. Aquí juega un papel relevante el liderazgo y la capacidad organizativa de instancias que, perteneciendo o no a las mismas comunidades, se ubique por encima de cada una de ellas, pero representándolas y dándoles cohesión.

IV. Aunque está implícita en Melucci, es necesario explicitar, en la dirección de Della Porta y Diani, la necesidad de que exista un sentido de solidaridad *hacia fuera* de parte de las comunidades, en el sentido de que no siempre debe estar presente el vínculo inmediato ni directo con otras comunidades para que exista vinculación a la movilización, sino el compartir expectativas, aspiraciones y valores en torno a concepciones de la sociedad o a aspectos específicos de ésta, lo cual no parece ser tan frecuente y probablemente predomine más lo micro-espacial, lo particular, los segmentos específicos de la vida cotidiana, que lo macro-social y lo general colectivo.

V. De igual forma, en las dinámicas de vinculación de las comunidades a movimientos sociales, juegan un papel importante los líderes y los activistas, cuyas acciones “hacia adentro” se orientan a cohesionar, recrear vínculos, organizar y propiciar acciones, actividades y proyectos, y “hacia fuera”, vincularla con otras comunidades y con redes de organizaciones. Sin caer en el voluntarismo, los líderes constituyen un factor central de la movilización.

Por otra parte, en las relaciones entre las comunidades se pueden crear situaciones tanto de cooperación como de competencia y de su combinación resultan diversas opciones que obstaculizan o favorecen la movilización. En esta dirección, Della Porta y Diani construyen una matriz de posibilidades:

		<i>Cooperación</i>	
		Sí	No
<i>Competencia</i>	No	Cooperación no Competitiva	Neutralidad
	Sí	Cooperación Competitiva	Faccionalismo

Por una parte es posible una situación de cooperación no competitiva entre organizaciones, lo cual implica que se pueden establecer relaciones estables, que hacen que se dé una continuidad en el tiempo a partir de proyectos colectivos o también propiciar una organización permanente. No obstante, dado el carácter escaso de los recursos, la cooperación suele ser difícil y susceptible de manipulación por parte de los oponentes que pueden estimular la división incentivando a algunas de las partes. En segundo lugar, cuando existe una alta competición y una baja cooperación se presentan divisiones, en algunos casos, radicales y conflictivas. Otra alternativa son las situaciones de neutralidad, que surgen cuando hay ausencia de cooperación, pero también de competencia; los asuntos y temas objetos de demandas y reivindicaciones se dirigen a sectores diferentes de la opinión pública bajo cierta “convivencia”. En otros casos de cooperación competitiva, dos o más organizaciones están interesadas en los mismos temas y pueden desarrollar iniciativas conjuntas por acuerdos y algún grado de identidad, pero suelen dar, también, origen a polémicas y conflictos. La primera situación constituye la opción propiciadora de mayor movilización.

Por todo lo anterior, bajo condiciones favorables, superando los ámbitos micro-espaciales y confluyendo en términos de competencia y cooperación, la movilización puede adquirir un carácter limitado a ciertas esferas, a ciertos momentos y en tramos temporales específicos. Ante ello ¿lo que permite la acción conjunta es sólo un momento de acción por convergencia? ¿Las tramas subyacentes expresan también mundos fragmentados que se integran en coyunturas en las cuales emerge lo común-colectivo? Antes que respuestas categóricas puede plantearse que se dé una doble dinámica: las comunidades pueden asumirse como precondiciones del movimiento social, como “insumo” que contribuye a la “producción” de éste, pero, igualmente, constituyen un producto del movimiento (y de otras formas de acciones colectivas), como el resultado de actos a través de los cuales los grupos e individuos no sólo realizan procesos de “aprendizaje”, sino que fortalecen su identidad colectiva, determinan interlocutores y aliados, reclutan, fortalecen sus vínculos, replantean sus acciones y su quehacer, renuevan liderazgos, se replantean horizontes, aprenden de los éxitos y los fracasos.

Podría plantearse que los puntos y momentos convergentes expresan también tendencias coincidentes cada vez más presentes como los derechos humanos, el medio ambiente o una mayor participación. Pero también es necesario considerar que no siempre convergen sólo comunidades formalmente organizadas y estructuradas en redes sociales; en este sentido, la propuesta de Tarrow aporta claridad a partir de tres elementos en la organización del movimiento que vinculan, además de las comunidades, las acciones individuales y las organizaciones informales: por una parte, la organización formal que identifica los objetivos y trata de alcanzarlos, en ocasiones compite con otras organizaciones y con actores no organizados; por otra, la organización de la acción colectiva, o la forma en que se lleva a cabo la confrontación con los antagonistas, ésta incluye desde agrupaciones temporales de gentes insatisfechas hasta la creación de células, ramas y milicias estables, o bien, está controlada por organizaciones formales del movimiento que mantienen contacto con éstas; la organización óptima de la acción colectiva se apoya en las redes sociales en las que normalmente vive y trabaja la gente ya que es más fácil transformar su confianza mutua en solidaridad y, en tercer lugar, las estructuras conectivas de la movilización que vinculan a los líderes con la organización de la acción colectiva permitiendo su coordinación⁴.

⁴ Frente a la definición de movimiento social planteada por Tarrow, retomada de Charles Tilly, como “desafíos colectivos planteados por personas que comparten objetivos comunes y solidaridad en una interacción mantenida con las élites, los oponentes y las autoridades”, Melucci plantea una crítica en cuanto que ésta constituiría una generalización empírica y no un concepto analítico y se pregunta respecto a ¿cómo saber que existe un movimiento atrás de la protesta activa?” (1996: 41).

El papel del trabajador comunitario requiere identificar y analizar las redes sociales existentes (comunitarias, cooperativas, profesionales, institucionales), fortalecerlas, ayudar a ampliarlas y a resolver sus conflictos. De igual forma, identificar liderazgos y acompañar sus actividades; analizar las interacciones individuales y colectivas, caracterizarlas y explicar las formas como se relacionan los integrantes de las comunidades y éstas con otras formas de asociación. Asimismo, detectar sistemas de necesidades y redes de apoyo potenciales para afrontarlas (Pastor, 2001). Todo se orienta, como se mencionó en el segundo capítulo, a la estructuración de proyectos, programas y acciones comunitarias que redunden en mejores condiciones de vida para la población.

En suma, si bien se acepta la premisa de que la movilización puede asumirse como una acción en red, esto no necesariamente es así. Respecto de los casos en que existe una acción a partir de las comunidades se presenta una serie de situaciones que se configuran como factores que benefician u obstaculizan la movilización a partir de la acción coordinada. Éstas tienen que ver con las características de las comunidades y con la existencia de condiciones del entorno y de las posibilidades de cohesión de la sociedad, en tanto capacidad de crear instancias intermedias de organización y coordinación.

Aunque reconoce que en Tarrow existe un avance en la distinción entre movimientos (como formas de opinión de masas), organizaciones de protesta (como formas de organizaciones sociales) y actos de protesta (como formas de acción), no son suficiente para aclarar lo que es un movimiento: “el acercamiento de la movilización de recursos asumiendo una definición empírica parece llamar movimiento social a toda acción política no institucional”. Esta crítica de Melucci no parece justificada si se tiene presente la distinción que plantea Tarrow entre la organización formal, la organización de la acción colectiva y las estructuras conectivas, la segunda dimensión incluye precisamente uno de los dos elementos de la propuesta bipolar de Melucci: la existencia de redes sociales. El mismo Tarrow reconoce la importancia de éstas y su emergencia en la década del ochenta, si bien desde la perspectiva de la teoría de estructura de oportunidades políticas. Ante la pregunta ¿cómo se difunde, coordina y mantiene la acción colectiva una vez que aparecen las oportunidades?, responde: “la respuesta comienza por lo social: aunque quienes deciden o no participar en una acción colectiva son los individuos, ésta casi siempre es activada y mantenida por los grupos de contacto directo, sus redes sociales y sus instituciones [...] cuando examinamos la morfología de los movimientos queda claro que sólo son grandes en un sentido nominal. En realidad se parecen mucho más a una especie de maraña entrelazada de pequeños grupos, redes sociales y conexión entre todos ellos” (Melucci, 1996:54-56).

CONCLUSIÓN

La perspectiva planteada de las comunidades de sentido como formas parciales de interacción social, propiciadoras de identidades colectivas y dinámicas vinculantes hacia “sí mismas”, y hacia otras comunidades en interacción, trasciende lo totalizante, lo auto-referenciado y lo excluyente. Es más bien lo opuesto: lo parcial, lo descentrado, lo incluyente. A partir de las dimensiones de cooperación, solidaridad y, mediante las acciones coordinadas con otras comunidades y organizaciones, adquiere la dimensión de potencialidad para la movilización y, de manera concreta, para su acción en los movimientos sociales.

Si bien muchas de sus dinámicas se orientan de manera auto-referenciada, lo cual en sí mismo es propiciador de interacciones sociales no necesariamente son asociales como lo sostienen algunas posturas universalistas, otras lo hacen de manera descentrada y es en esta dimensión que su papel adquiere importancia en los movimientos sociales. La existencia de comunidades de sentido involucra una opción, pero también un reto al supuesto absolutismo individualista y sus consecuentes efectos de fragmentación y atomización social.

Lo comunitario reeditado se dimensiona como una posibilidad, como una opción ante el individualismo atomizador y fragmentador de las sociedades contemporáneas. Desde las comunidades de sentido se supera no sólo la añoranza del pasado comunitario tradicional, también el auto-referenciamiento asocial que divide, se opone y rechaza al otro. Como posibilidad de acción social, como espacio para la vida cotidiana, implica un asociacionismo vital, la posibilidad de agrupamientos para construir sentidos colectivos orientados hacia la construcción de tejidos asociativos.

El descentramiento de lo comunitario puede propiciar la acción colectiva, asumiendo como premisa que ésta puede expresarse como acción en red. Existen diversos escenarios que obstaculizan la acción de las comunidades en acciones colectivas, que van desde su tendencia autogestionaria, hasta la imposibilidad de movilización por la acción coercitiva y de control social, pasando por las acciones pragmáticas, la estructuración en redes de clientela, la ausencia de solidaridad colectiva “hacia afuera”, la incorporación funcional de parte de las autoridades.

Cuando operan estos factores la acción en red se dificulta y los vínculos comunitarios no trascienden los espacios de lo cotidiano y micro-social, dándose una fragmentación, no de carácter individual, sino micro-colectiva, de aislacionismo.

También existen algunos factores que favorecen la movilización a partir de las comunidades de sentido y su acción en red. Por una parte, la superación del autocentramiento en entornos heterogéneos, por otra, las

condiciones de flexibilidad del sistema político, que puede crear una mejor estructura de oportunidades, en este caso referida a la democratización de la sociedad y la acción no coercitiva ni “bloqueadora” de las autoridades, asimismo, la presencia de instancias de coordinación que logren cohesionar, darle sentido conjunto a la acción y establecer canales y mecanismos de comunicación. También, la necesaria presencia de la solidaridad colectiva “hacia afuera” que trascienda los intereses micro de las comunidades y dimensionen las acciones de las comunidades en términos sociales de mayor nivel, y, por último, el papel de los liderazgos, a menudo descuidado, ya sea por sus sesgos voluntaristas o por percepciones negativas elitistas o por perspectivas que lo asocian al ejercicio del poder y a la jerarquización, lo cual, supuestamente, atenta contra la acción colectiva.

Dadas las condiciones señaladas podría asumirse que la conjunción de factores que favorecen la movilización de las comunidades, y su actuación en redes en movimiento, constituye un umbral relativamente alto y que la movilización es, por tanto, excepcional, o por lo menos, escasa. No obstante, diversas expresiones y casos de movilización evidencian que la acción en red de las comunidades no sólo es posible sino también más frecuente de lo que podría esperarse.

BIBLIOGRAFÍA

- BURNS, J.M (1978). *Leadership*. Nueva York: Harper and Row.
- AMENGUAL, Gabriel (1993). “La solidaridad como alternativa: notas sobre el concepto de solidaridad”. *Revista Internacional de Filosofía Política*, No. 1. México: UNAM, UNED, 135-151.
- CACIAGLI, Mario (1996). *Cientelismo, corrupción y criminalidad organizada*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- CASTELLS, Manuel (1998). “La era de la información, economía, sociedad y cultura”. *El poder de la identidad*. Vol. 2. Madrid: Alianza Editores.
- CERRONI, Umberto (1992). *Métodos, teorías, procesos, sujetos, instituciones y categorías*. México: Siglo XXI Editores.
- DELLA PORTA, Donatella y DIANI, Mario (1999). *Social Movements, an Introduction*. London: Blackwell Publishers.
- FERREE, Myra (1992). “The Political Context of Rationality. Rational Choice Theory and Resource Mobilization”, en Aldon D. Morris y Carol McClurg, *Frontier in Social Movements Theory*. New Haven: Yale University Press.
- FIREMAN, Bruce y GAMSON William (1979). “Utilitarian Logic in Resource Mobilization Perspective”, en: *The Dynamics of Social Movements*. Editado por McCarthy y Zald, Cambridge: Winthrop.
- HECHTER, Michael (1989). *Principles of Solidarity*. Berkeley: University of California Press.

- KORTEN, David (1971). "Situational Determinants of Leadership Structure", en: Glein Paige, ed. *Political Leadership*, Nueva York: The Free Press.
- MELUCCI, Alberto (1999a). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. El Colegio de México.
- (1996b). *Challenging Codes, Collective Action in the Information Age*. Cambridge: Cambridge University Press.
- NATERA, Antonio (2001). *El liderazgo político en la sociedad democrática*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- NEUMAN, Sigmund (1968) (1980). "El liderazgo en la democracia", en: *Teoría y Sociología Crítica de los Partidos Políticos*. Anagrama.
- NEUSDADT, R.E (1990 [1960]). *Presidential Power: The Politics of Leadership from Roosevelt to Reagan*. New York: John Wiley and Sons,
- OLIVER, Pamela (1984). "If you don't do it, nobody else will: active token contributions to local collective action". *American Sociology Review*, No. 49: 601-610.
- OLSON, Mancur (1965) (1992). *La lógica de la acción colectiva, bienes públicos y la teoría de los grupos*. México: Limusa, Noriega.
- PARAMIO, Ludolfo (2000). "Decisión racional y acción colectiva", *Revista Leviatán*. No. 79, 65-83.
- PASQUINO, Gianfranco (1988). "Participación política, grupos y movimientos", en: *Manual de Ciencia Política*. Madrid: Alianza.
- PETRACA, Orazio (2000). "Liderazgo político", en Bobbio, Norberto; Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino. Eds. *Diccionario de ciencia política*. México: Siglo XXI Editores.
- PIZZORNO, Alessandro (1986). "Algún otro tipo de alteridad, unas críticas a las teorías de la elección racional". *Revista Sistema* No 88, 27-42.
- REJAL, M. y PHILLIPS, K. (1979). *Leader and leadership. An Appraisal of the Theory and Research*. Praeger.
- SOROKIM, Pitirim (1973). *Sociedad, cultura y personalidad, su estructura y su dinámica*. Madrid: Ediciones Aguilar.
- TARROW, Sydney (1997). *El poder en movimiento, los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza Editorial.
- TÖNNIES, Ferdinand (1942). *Principios de sociología*. México: Fondo de Cultura Económica.
- TUCKER, Robert (1970) (1976). "La teoría del liderazgo carismático", en *Filósofos y estadistas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- TOURAINÉ, Alain (1997). *¿Podremos vivir juntos? La discusión pendiente, el destino del hombre en la aldea global*. México: Fondo de Cultura Económica.
- WEBER, Max (1964). *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.